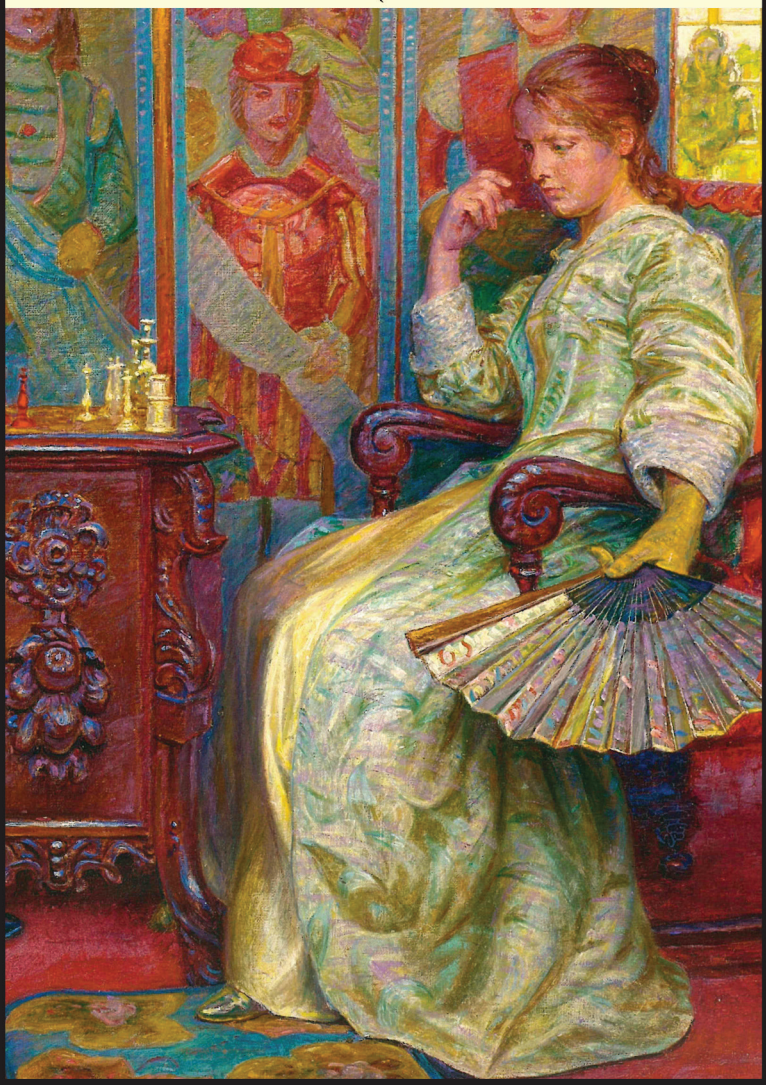
LEONORA CHRISTINA

Memorias tristes de la Torre Azul

GRANDES CLÁSICOS FUNAMBULISTA



Memorias tristes de la Torre Azul

Grandes Clásicos

Leonora Christina Ulfeldt

Memorias tristes de la Torre Azul

Traducción y nota de introducción
de Jorge Simón Izquierdo Díaz

EDITORIAL FUNAMBULISTA

Primera edición: marzo de 2021

Título original: *Jammers Minde* (1674-1698)
Es traducción de *Leonora Christina Jammers minde og andre selvbiografiske skildringer,* Udgivet af Johs. Brøndum-Nielsen og C. O. Bøggild-Andersen. Rosenkilde og Bagger. Københavns, 1949.
Con permiso de Dansk Sprog- og Litteratur selskab.

© de la traducción y de la nota de introducción:
Jorge Simón Izquierdo Díaz, 2021

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2021
c/ Flamenco, 26 - 28231 (Las Rozas) Madrid

www.funambulista.net

IBIC: BGA

ISBN: 978-84-120979-8-6
Depósito Legal: M-4182-2021

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: P. H. Kristian Zahrtmann,
Leonora Christina y el doctor Otto Sperling jugando al ajedrez, 1916

Impresión y producción gráfica: Artes Gráficas Cofas

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Memorias tristes de la Torre Azul

Introducción

Memorias tristes de la Torre Azul es la autobiografía de la hija de un rey condenada por amor y lealtad a su marido. Leonora Christina (1621-1698) pasó 22 años, de 1663 a 1685, encarcelada en la Torre Azul *(Blåtårn)* del castillo de Copenhague.[1] Fue acusada de alta traición, sospechosa de tener conocimiento de los planes de su marido Corfitz Ulfeldt contra el rey Federico III.

Corfitz y Leonora se casaron en 1636 y eran una de las parejas más influyentes de la corte de Cristián IV. Leonora era hija del matrimonio morganático del rey con su segunda esposa, Kirsten Munk, y Corfitz pertenecía a una de las principales familias

1. La llamada Torre Azul ya no existe. Sobre las ruinas del castillo de Copenhague en la actualidad se levanta el edificio del Parlamento nacional *(Folketinget),* en el islote de Slotsholmen.

del reino. Este ha pasado a la historia como un hombre muy capaz pero de ambiciones desmesuradas. Se había formado en la corte y en el ejército y había perfeccionado sus estudios universitarios en el extranjero. Su matrimonio con Leonora lo acercó más al rey y, en muy poco tiempo, ascendió a canciller. A la muerte de Cristián IV, en 1648, subió al trono Federico III, hermanastro de Leonora. La caída en desgracia de Leonora y Corfitz comenzó en 1650 cuando Dina Vinhofvers, amante del lugarteniente Jørgen Walter, probablemente instigada por este, acusó a Corfitz de haber intentado envenenar a Federico III. La acusación fue considerada falsa, Dina fue ejecutada, pero Corfitz tuvo que exiliarse en Suecia, destituido de su cargo y desposeído de sus bienes. En realidad, todo respondía a la trama de un conflicto entre facciones políticas: por un lado, los partidarios de Federico III, y, por el otro, los partidarios de su cuñado.

A finales del siglo XVII, las relaciones entre Suecia y Dinamarca estaban lejos de ser pacíficas. Instalado el matrimonio en Suecia, Corfitz participó como emisario de su país de acogida en las conversaciones del Tratado de Roskilde, en 1658, que puso fin a la disputa militar por la región de Escania, pero, al año siguiente, fue arrestado en Malmoe, acusado de conspirar para Dinamarca. Tras la

amnistía de 1660,[2] la pareja regresó a Dinamarca, pero fueron arrestados por alta traición y trasladados al castillo de Hammershus en Bornholm.

Corfitz no dejó de conspirar tras el perdón de 1661, y, en 1664, moriría en el exilio, ahogado en el río Rin. Leonora fue arrestada y trasladada a la Torre Azul, donde empezó a escribir sus memorias.

La historia literaria de Leonora (que también estudió español y tradujo alguna obra del autor teatral Matías de los Reyes, textos que lamentablemente se han perdido, e incluyó a Berenguela de León e Isabel de Castilla en su catálogo de mujeres ilustres, *Hæltinners Pryd,*[3] de inspiración renacentista, concluido en 1684)[4] comienza en 1663. Es la primera vez que la obra de Leonora Christina se traduce al español; el texto original fue descubierto y publicado en 1869 y, desde entonces, se ha convertido en un clásico y en un texto de referencia de la literatura barroca danesa del siglo XVII, más productiva en poesía (Anders Arrebo, Thomas Kingo) que en prosa.

2. En 1660, Federico III instauró la monarquía absoluta, que fue abolida por la constitución de 1849, firmada por Federico VII.

3. La nobleza de las heroínas.

4. El teatro y la poesía barroca en lengua española tuvieron cierta difusión en la Escandinavia del siglo XVII, especialmente en Suecia, de la mano del círculo de la reina Cristina (1632-1654). Leonora fue contemporánea de Cristina.

Los manuscritos de Leonora han sido publicados en danés y traducidos, entre otros idiomas, al francés, inglés, alemán e italiano. Para la presente publicación se han traducido los tres principales manuscritos autobiográficos desde la versión danesa:

I - Autobiografía francesa.[5]
II - Proemio a mis hijos.[6]
III - Memorias tristes de la Torre Azul.[7]

En 1673, Leonora escribió «Autobiografía francesa», en la que narra su vida hasta el encierro en la Torre Azul. La escribió animada por el hijo de su compañero de cautiverio, Otto Sperling, médico y escritor, que había publicado *Notes du voyage en Espagne* en 1640, también encarcelado en la Torre Azul acusado de colaborar con Corfitz Ulfeldt; «Proemio» es una carta de la autora a sus hijos, donde da cuenta de sus sufrimientos; *Memorias tristes* es el relato del cautiverio en la Torre Azul del castillo de Copenhague, que Leonora fue completando durante el resto de su vida en el antiguo convento de Maribo, tras salir de la cárcel.

5. *Leonora Christina Comtesse D'Ulfeldt: Autobiographie.* Texto original en francés.
6. *Fortalen til mine børn.*
7. *Jammers minde.*

El drama —que estoicamente sufre— de la vida de la hija favorita de Cristián IV viene marcado por la degradación de su papel social. Sus recuerdos son una mezcla de realidad y ficción a través de los cuales reconstruye la vida de una mujer fuerte y profundamente leal. La pluma pone orden en el caos en que se ha convertido su vida. Leonora avanza legitimando paso a paso su inocencia ante el mundo; se describe como valiente e inteligente, y sus hazañas son prueba de su honradez. A veces manipulando los hechos, Leonora cuenta como cada uno de los demás personajes del libro tiene una historia personal detrás, pero los motivos de las acciones de estos son siempre dudosos ante los ojos de ella. La autora se mueve entre la condescendencia y la impiedad hacia los personajes con los que convive en la cárcel: doncellas, presos, guardias, y reserva su ácido humor negro para sacar los colores a sus mayores enemigos. Dios es su tabla de salvación, pero los salmos de Leonora no trasmiten la contemplación mística de una Teresa de Ávila. Sus miserias carcelarias son una prueba de que Dios la ha puesto en esta vida.

Autobiografía francesa. 1673

Señor:

Para satisfacer vuestra curiosidad, voy a contar la vida de una dama sobre la que deseáis saber algo. Nació en Frederiksborg, el 11 de junio del año de 1621. Cuando tenía seis semanas de edad, su abuela la llevó consigo a Dalum, donde vivió hasta que cumplió los cuatro años, y como maestro tuvo a maese Enevold, párroco de Roskilde desde entonces. A los seis meses de su regreso a la corte, su padre la mandó a Holanda, a casa de una prima hermana, una duquesa de Brunswick, que estaba casada con el conde Ernesto de Nassau y vivía en Leuvarden. Su hermana, Sofía, que era dos años y medio mayor que ella, y su hermano, que era un año menor, vivían desde hacía un año con la duquesa. No me olvido de las cosas que contaba acerca

de lo que el destino le había deparado en su viaje. Viajó por mar en uno de los navíos del rey; cuando llevaba dos días y una noche navegando, se levantó una tormenta tan fuerte, hacia medianoche, que todos perdieron la esperanza de salir vivos de allí. Su preceptor, Wichmann Hasebard (que después fue obispo de Fiona), que dirigía el viaje, la despertó, la tomó en los brazos y dijo, con los ojos llenos de lágrimas, que los dos iban a morir juntos, que la amaba profundamente; le hablaba como un padre y dijo que Dios estaba enfurecido y todos se iban a hundir. Ella le dio un beso y un abrazo, lo llamó padre (lo que tenía por costumbre) y le rogó que no se angustiara; que ella estaba segura de que Dios no estaba enfadado; ya vería que no se hundirían; le pidió varias veces que mantuviera la calma. Wichmann se dejó llevar por esta candidez, se secó las lágrimas y le pidió a Dios que salvara a los otros por amor a la chiquilla y por la confianza que ella, pobre inocente, demostraba hacia Él. Dios lo escuchó, y, tras perder los dos mástiles, el barco entró en el puerto de Flekkerø, donde se quedaron seis semanas. Cuando estuvieron listos para navegar de nuevo, continuaron el viaje sin parar hasta arribar a buen puerto.

Apenas su hermana se enteró de su llegada y de que iba acompañada de un aristócrata, una noble doncella, un preceptor, doncellas de compañía

y sirvientes, etc., derramó unas cuantas lágrimas y dijo que no se sorprendía, que su hermana era una niña mimada y una soplona y que como tal la iba a tratar. La señorita Sofía no aceptaba que su hermana fuera más consentida que ella misma por la duquesa, por las damas de compañía y por los demás; el conde Ernesto estaba del lado de Sofía, más que nada para irritar a su esposa, pero pronto se cansó, ya que la señorita Sofía mostraba su hosquedad hacia él. Esta hizo a su hermana todo el mal que pudo y animó a su hermano a hacer lo mismo.

Para satisfacer vuestra curiosidad, os contaré acerca de su primer asunto del corazón. El conde Ernesto tenía un hijo pequeño, de unos once o doce años de edad, al que ella le tomó cariño, y, cuando él le hizo creer que la amaba, que un día sería su esposa, pero que tendrían que guardarlo en secreto, ella creyó que ya en secreto era su esposa. Él sabía dibujar a tiza y consiguió convencerla para enseñarle algo, además de unas palabras de latín. Los dos solos estaban a gusto y evitaban la compañía de los demás. Esta felicidad duró un tiempo, hasta que al año siguiente ella enfermó de viruela. Vilhelm, el hermano mayor de él, que siempre se había tomado a broma este amor, convenció al chico para que viera a su amada en el estado en que se encontraba, con el objeto de que sintiera asco por ella. El amante se asomó por la puerta donde se hallaba

la enferma y, al verla, quedó tan afectado que cayó enfermo. Nueve días después falleció. No se le dijo nada de esto a ella. Cuando se recuperó, preguntó por su amado; le dijeron que se había ido con la duquesa (que estaba en Brunswick para asistir al funeral de su madre). Al chico lo habían embalsamado y colocado en una urna de cristal. Un día, su preceptor acompañó a la amada a la sala donde estaba el cuerpo del difunto para que lo viera. Ella reconoció enseguida a su amado Moritz y le entró tal pánico que se desmayó. Wichmann la sacó corriendo de la sala para que volviera en sí. Como el cadáver tenía una corona de romero, ella ahora no puede evitar llorar cada vez que ve esa hierba, y aborrece su olor, del que todavía se acuerda.

Como el motivo del viaje de los niños había sido la guerra entre Alemania y el rey de Dinamarca,[8] se les pidió que regresaran a Dinamarca cuando se firmó la paz. A la edad de siete años y dos meses la prometieron a un caballero. Pronto comenzó a sufrir por culpa de ello. Su institutriz era por entonces la señora Anna Lykke, madre de los Qvitzow. La hija de esta, que era doncella, había creído que las frecuentes visitas del caballero eran por amor a ella. Decepcionada, hizo todo lo posible por sembrar cizaña entre ambos; le hablaba, y hacía que la señorita Sofía le hablara, de la pobreza del caballero y se ale-

8. La Guerra de los Treinta Años (1618-1648).

graba de las condiciones deplorables en que vivían muchos niños de la familia a la que este pertenecía. Ella escuchaba todo ello sin perder la compostura y solo una vez dijo que lo amaba, aun siendo pobre como era, más de lo que amaba a sus ricos pretendientes. Finalmente se cansaron, y ella encontró otro motivo de preocupación en la enfermedad de su prometido, que, desgraciadamente, tenía gangrena en una pierna. Ellas le llevaban emplastos, salvia y ese tipo de cosas y le hablaban acerca del placer de estar casada con un hombre que tuviera los pies medio podridos. Ella nunca respondía nada, ni que sí ni que no, así que también se cansaron de ello. Año y medio más tarde, tuvieron otra institutriz, Karen Sehested, la hermana de Hannibal.[9] La señorita Sofía había perdido a su apoyo, y ella tuvo un poco de tranquilidad.

Cuando la joven dama tenía once o doce años, el duque de Sajonia la pidió en matrimonio en Kolding. El rey respondió que ella no le pertenecía, que ya estaba prometida, pero el duque no se conformó, habló con ella y le dijo cientos de cosas bonitas: que un duque era algo diferente a un caballero. Ella dijo que obedecería las órdenes del rey, y como el rey la

9. Hannibal Sehested, gobernador de Noruega. Condujo las negociaciones danesas en el Tratado de Copenhague (1660), en el que se delimitaron las fronteras entre los reinos de Dinamarca-Noruega y Suecia.

había prometido con un caballero, estaba contenta con ello. Para convencerla, el duque se apoyó en la institutriz, que reveló el caso a su hermano Hannibal, el cual montó en su caballo y cabalgó todo lo que un caballo puede cabalgar hasta llegar a Møn, donde el prometido vivía. Este no demoró ni un instante en ponerse en camino hacia ella. Aquello fue el principio de una amistad entre el prometido y Hannibal que, a la larga, le saldría cara al caballero. Pero en realidad no había motivos para apresurarse, ya que el duque nunca fue capaz de oírle decir que rompería la promesa, aunque el rey se lo ordenara. Dijo que esperaba que el rey no cambiara de opinión. El duque se marchó descontento el mismo día en que el prometido llegó por la noche. (Cuatro años más tarde tuvieron una disputa sobre este asunto, pero el rey los apaciguó con su autoridad.)

El invierno siguiente, en Skanderborg, la institutriz tuvo un desencuentro con Alexander von Kückelsom, el profesor de idiomas, que enseñaba francés a nuestra joven dama y a su hermana, y también a escribir, calcular y bailar. A la señorita Sofía no le gustaba estudiar y, además, tenía mala memoria; solo pensaba en sus muñecas, y, como la institutriz no la castigaba cuando Alexander se quejaba, no mostraba interés y descuidaba sus estudios. Nuestra joven dama daba a entender que ya sabía lo suficiente, cuando sabía tanto como su hermana.

Como esta situación se alargaba, la institutriz creyó que lo mejor era echar las culpas a Alexander; lo puso en conocimiento del rey, le dijo que no estaba llevando bien a las niñas, que las golpeaba en los dedos, les daba en las manos con la vara, les ponía motes y que lo peor era que no podían leer ni menos hablar la lengua francesa. Además, le escribió lo mismo a su prometido. Este envió a su sirviente, Wolff, a Skanderborg con amenazas contra Alexander. Al mismo tiempo se le notificó a Alexander que el rey había enviado aviso al príncipe para que examinara a las niñas, porque el padre confesor del rey no estaba familiarizado con la lengua.

El buen Alexander estaba en una difícil situación; halagó a nuestra joven dama y le pidió que le echara una mano, lo que era fácil para ella, porque tenía una buena memoria, para que pudiera demostrar que no era culpa suya que la señorita Sofía no avanzara en los estudios. Nuestra joven dama se mostró reacia, le pidió que recordara que hacía medio año ella le había pedido que no se quejara a la institutriz, pero que él no había hecho caso de sus lágrimas, a pesar de que sabía muy bien que la dama las trataba como un verdugo. Pero él insistió por el amor de Jesús, lloró como un niño, dijo que sería su ruina, que era un acto de compasión, que él nunca se quejaría de ella, y que en el futuro podría hacer lo que quisiera. Finalmente ella dijo que

sí, que en adelante sería aplicada, y como, además, quedaban todavía tres semanas, las aprovecharía para memorizar muchas más cosas. Ella tenía por entonces buena memoria. Podía aprender un salmo y a la vez copiar con la pluma lo que se decía. De esto dio muestras más de una vez, pero yo creo que ha perdido su memoria, que en la actualidad no es tan buena. Alexander le dijo un día, cuando se acercaban los exámenes, que ella le haría un gran favor si no contaba a nadie lo que había pasado en la escuela, porque él no podía recordar cada palabra exacta que había dicho cuando la señorita Sofía había puesto a prueba su paciencia, y, si un día había agarrado la vara para golpearla en los dedos porque ella no había golpeado a su hermana con dureza, le rogaba que, por el amor de Dios, lo perdonara (hay que decir que él las instaba a que una golpeara a la otra cuando cometían un fallo, y la que corregía tenía que castigar a la otra, y, si no lo hacía con fuerza, él se encargaba de hacerlo. De esta manera, había castigado frecuentemente a nuestra dama). Ella se mostró inocente, no se atrevía a mentir, y dijo que no se quejaría de él si nadie le preguntaba. Él no quedó del todo satisfecho con esta declaración; siguió con sus ruegos y le aseguró que una mentira con la que pudiera salvar del peligro a su prójimo no era un pecado, sino que le agradaba a Dios; ella no tendría que decir nada, solo no confesar lo

que había visto y oído. Ella dijo que la institutriz la castigaría. Él respondió que no habría razón para ello, ya que él nunca se quejaría con ella. Nuestra dama respondió que la institutriz encontraría algún pretexto, porque se lo pasaba bien castigando a los niños, y que encima estaba el otro maestro, que les enseñaba altoalemán, un hombre sin compasión, un viejo malhumorado que también les enseñaba clavicordio, así que tenía suficientes motivos para tener miedo. A este no le gustaba hablar y lograba con su actitud que ella hiciera todo.

El príncipe llegó al lugar; la institutriz no se olvidó de llenarle la cabeza con sus quejas y le rogó que expulsara a ese hombre. Finalmente, el día del examen, una hora antes, la dama dijo a sus jóvenes damas que debían contarlo todo, que Alexander las había tratado mal, golpeado, etc. El príncipe entró en la cámara de las jóvenes, acompañado del confesor del rey (por entonces, el doctor Christen Lar); la institutriz se mantenía a una distancia prudencial.

Primero, las examinaron en altoalemán. La señorita Sofía no daba pie con bola, no sabía leer con fluidez. Maese Christoffer la disculpó y dijo que estaba asustada. Cuando llegó el turno de Alexander, para que mostrara lo que las discípulas habían aprendido, la señorita Sofía no pudo leer nada, tartamudeaba en la lectura; la institutriz miró al príncipe y se rio con fuerza. Con los evangelios, salmos,

refranes y cosas similares, igual. La institutriz quedó satisfecha, y le hubiera gustado que ni siquiera hubiesen examinado a la otra. Pero cuando a esta le tocó leer la Biblia y lo hizo sin tartamudear, la institutriz no se pudo aguantar y dijo: «Quizá es un párrafo que ya conocía de antes, dejadla que lea». Alexander le pidió a la institutriz que le escogiera a la señorita otro párrafo para que leyera. La dama se puso de malhumor y dijo: «¿Se está burlando de mí? Yo no hablo francés». El príncipe abrió la Biblia y le pidió que leyera otro párrafo; lo leyó tan fluidamente como el anterior. Con respecto a lo que sabía de memoria, demostró tal competencia que el príncipe manifestó su impaciencia por escuchar más.

Alexander tuvo oportunidad de tomar la palabra y dijo que esperaba que su alteza no pensara que era por su culpa que la señorita Sofía no avanzaba en los estudios. La institutriz le interrumpió y dijo: «Sois ciertamente el culpable, porque la tratáis mal»; y comenzó con una retahíla de quejas y preguntaba a Sofía si no eran ciertas. Ella dijo que sí, y que él no podría negarlo. Luego le preguntó a nuestra dama si no era cierto. Ella dijo que nunca había visto ni escuchado nada. Llena de indignación, le dijo la institutriz al príncipe: «Su alteza debe conseguir que ella diga la verdad, no se atreve por cariño a Alexander». El príncipe le preguntó si Alexander nunca la había denigrado. Si nunca

le había pegado. La respuesta fue que no, nunca. Además, preguntó si nunca había visto y oído que él hubiera maltratado a su hermana. La respuesta fue que no, jamás había visto u oído nada de eso. Fue una mala idea involucrar a nuestra joven en un proceso a una edad tan temprana. La institutriz se puso furiosa; le habló en voz baja al príncipe. El príncipe respondió en voz alta: «¿Qué queréis que haga? El rey no me ha pedido que la obligue a nada». En definitiva, Alexander ganó su proceso, la institutriz no logró que lo expulsaran, y nuestra joven obtuvo más de lo que creía: se granjeó el cariño del príncipe, del sacerdote y de todos los que conocieron esta historia.

Pero la institutriz no dejó de buscar oportunidades para tomarse la revancha sobre la joven dama. Finalmente encontró una, un poco ridícula. El viejo Johannes Meineken, que enseñaba el clavicordio a nuestra dama, llevado de su enfado, le golpeó los dedos contra las teclas. Sin pensar en la presencia de la institutriz, ella se deshizo de la mano del hombre y rompió las teclas. Que la dama de compañía se alegró cuando el viejo empezó a quejarse de lo sucedido es fácil figurárselo; cogió dos varas y usó las dos, y, no satisfecha, golpeó las nalgas de nuestra joven señorita: todavía hoy tiene las marcas. Tardó dos meses en curarse; durante cuatro semanas no pudo bailar ni andar bien.